



Biblioteca Era

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)



Fernando Benítez  
José Emilio Pacheco



Crónica del puerto  
de Veracruz



Ediciones Era

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:  
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.

Jorge Luis Borges, “Fundación mítica de Buenos Aires”,  
*Cuaderno San Martín* (1930)

PRIMERA PARTE

# De Cortés a Humboldt

Fernando Benítez

El Jueves Santo, 21 de abril de 1519, diez navíos anclan en el pequeño islote de San Juan de Ulúa y, apenas recogidas las velas, dos grandes canoas, llenas de indios ricamente ataviados, parten de la playa y sin vacilación se dirigen a la nave capitana donde flotan los estandartes reales.

¿Por qué se detienen aquellas casas flotantes precisamente frente a un inhóspito arenal del Golfo y por qué, sobre todo, salen a su encuentro como si los estuvieran esperando aquellos extraños señores indígenas?

Todo comenzó el 12 de octubre de 1492 cuando un hombre llamado Cristóbal Colón, después de cruzar el *Mare Tenebrosum*, desembarcó en la isla Guanahaní del Caribe y tomó posesión de ella a nombre de los Reyes Católicos Isabel y Fernando de Castilla y Aragón.

Decía fray Bartolomé de las Casas que Dios lo movía a empellones. Tuvo Colón una idea muy simple: ir en busca de la India por el camino de Occidente y creyó haber llegado realmente a las Indias, basado en los cálculos del geógrafo Toscanelli.

Había sonado la hora del mundo hispánico. Vasco de Gama, entre el cielo y el mar, se hace traer los instrumentos de navegación y unos grilletes y, ante la tripulación sublevada, arroja al mar compases y astrolabios y grita: “El piloto es Dios” y, señalando los grilletes, añade: “El que no lo obedezca, será encarcelado”. Unos días después descubre la India.

Colón, con la tripulación también a medias sublevada, descubre un nuevo mundo y hasta su muerte cree que es la India. Es inútil que los alquimistas traten de producir oro. Sus retortas hirvientes de nada sirven. El oro nace en las Indias. Con ese oro, piensa, formará un ejército de 100 000 infantes y 10 000 caballos y conquistará Jerusalén. La visión del oro lo enloquece y llega a decir: “El oro es excelentísimo; de oro se hace tesoro y, con él, quien lo tiene

hace cuanto quiere en el mundo y echa las ánimas al Paraíso”. Siempre pregunta por el oro: dónde nace el oro, quién tiene oro.

Los indios, acosados a preguntas, responden: “Allá, más allá, en otras islas, allá está el oro”. Colón atisba el vuelo de los pájaros y las señales de las estrellas. De regreso a España, los Reyes Católicos le rinden honores. Se hace célebre, pero en 1500 un tal Bobadilla lo manda a España cargado de cadenas.

En sus cuatro viajes recorre las Antillas, descubre el continente, cree que el Orinoco es el Ganges y lo remonta en busca del Paraíso, sufre huracanes, desafía las tormentas y muere. Otros españoles descubren el Pacífico, recorren las costas desde Canadá hasta el Río de la Plata y sólo encuentran hombres adánicos o pequeños grupos salvajes armados, bosques y selvas, ríos gigantescos, aldeas miserables, oro muy escaso a cambio de muertos, peleas entre españoles, naufragios, codicias, desencantos. La visión de Ofir, de Cipango, de las amazonas, de El Dorado, de las Siete Ciudades, todos los sueños de la Edad Media se desvanecen. El fracaso de Colón ha costado millones, ruinas, hecatombes de indios, pequeños déspotas, crímenes y degüellos.

## **Francisco Hernández de Córdoba**

Es triste y rutinaria la vida en las Antillas. Los dueños de los pueblos ven morir a sus indios y organizan expediciones en busca de nuevos esclavos. Cuidan sus piaras de cerdos, sus cultivos. Esperan inútilmente que Diego Velázquez, gobernador de Cuba, les otorgue minas o encomiendas.

Había muchos –ciento diez hombres– vagabundos, aventureros de profesión, deseosos de armar una flota “para ir a nuestra ventura –dice Bernal– a buscar y descubrir tierras nuevas y emplear nuestras personas”.

Finalmente reúnen un poco de dinero y logran interesar a Francisco Hernández de Córdoba, un hidalgo rico dueño de un pueblo de indios. Compran dos barcos mal equipados y el gobernador les fia una tercera

nave “a condición de que se la pagaran con indios esclavos de las islas Guanajes”. Antón de Alaminos, antiguo compañero de Colón, es su piloto.

Alaminos recuerda algo sucedido en 1502, es decir, quince años atrás. Hallaron una gran barca entoldada que llevaba indios vestidos lujosamente, cacao, mantas, hachas de cobre. Hablaron de grandes ciudades, pero el almirante creía estar cerca del Ganges y siguió adelante. Alaminos, al recordar el encuentro, señala que hacia el poniente quizá descubrirán los imperios que Colón buscó inútilmente en cuatro viajes tormentosos. Hernández de Córdoba estuvo de acuerdo. De un modo o de otro iban sin rumbo fijo, al azar, guiados por la misericordia divina.

El 8 de febrero zarparon los tres barcos y veintiún días después de navegar de día, por temor a los bajos, avistaron cerca de una playa pirámides y palacios levantados sobre un blanco caserío.

Cuando “todo ocurre por primera vez”, toma un sentido de creación trascendente. Antes no había nada, y de esa nada surge la novedad, lo cual es, en este caso, lo presentido, lo intuido, lo señalado. La pirámide, el templo y el caserío se ven como pagodas, como mezquitas, como relatos de Marco Polo. Colón no estaba equivocado. Por el Occidente ha surgido el Oriente. Es el reino del Gran Kan, es Egipto, es el Nuevo Cairo y así se le bautiza antes de desembarcar y tomar posesión de la tierra.

Sin embargo, ¿quién sabe? Parece que esos indios, de algún modo inexplicable, conocen su existencia porque diez barcas salen a su encuentro y vocean, hacen señas, les dan la bienvenida. ¿Cómo no trajeron a un conocedor de lenguas orientales? ¿Cómo saber lo que quieren, lo que hablan?

Los indios no abordan las naves. Regresan y cae la noche. Al día siguiente vuelven las barcas y Bernal oye que dicen: “Conex c'toch”, y traduce lo que él desea traducir: “Andad acá a mis casas”.

Hay muchos indios, demasiados indios, y el capitán receloso decide bajar en plan de guerra, apoyado en quince ballestas y diez escopetas. Los mayas atacan, relucen los aceros, zumban las ballestas. En el furor de la batalla, el clérigo de la expedición, un tal Íñiguez, invade los santuarios y se lleva algún oro, unos cuchillos de pedernal, unos ídolos

con caras de demonios. Hernández de Córdoba ordena la retirada, no sin cautivar a dos indios que están bizcos, pues la bizquera provocada es signo de belleza entre los mayas. Se les llamaba Melchorejo y Julianillo y sobre ellos recaerá la gloria de ser los primeros traductores. Abandonan el Gran Cairo y continúan el viaje bordeando la península hasta Campeche. Falta agua. Los viejos toneles la dejan escapar y los navegantes se mueren de sed.

Otra ciudad semejante al Gran Cairo y otros guerreros: Hernández de Córdoba manda pipas y toneles en un esquife. Aparecen cincuenta señores ataviados de mantas coloridas. A señas preguntan qué buscan. Por señas los españoles responden que sólo quieren agua y marcharse. Los indios encienden un fuego de cañas y dan a entender que, cuando terminen de arder, los atacarán. El capitán se lleva el agua y evita otro combate.

El encuentro olvidado de aquella barca, la historia confusa de unos naufragos blancos, a la que aluden Melchorejo y Julianillo, se ha difundido a lo largo de las selvas y los indios están alertados. Hernández de Córdoba ha salido para hacerse de esclavos, para rescatar un poco de oro, y se topa con un viejo refrán: “Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos”. El cazabe amarga, falta el agua, enfrentan derrotas. Así llegan a Champotón que Bernal oye como Potonchán, el lugar donde Quetzalcóatl se embarcó en una balsa de serpientes prometiendo volver. El capitán ya no desea oro, sino agua y volverse a Cuba, para regresar mejor pertrechado y tomar venganza.

Descienden temerosos y pronto los rodean unos guerreros pintarrajeados. A señas preguntan si vienen del Oriente, de donde sale el sol. A la hora del Ave María, se retiran. Hernández de Córdoba no sabe si debe embarcarse o combatirlos. Sus dudas terminan al amanecer, cuando un ejército los ataca. Entonces ocurre algo extraño, un aviso de lo que ocurrirá en México y en el Perú. El jefe, el sacerdote guerrero, es un dios, el que centra la fuerza y el representante de los poderes soberanos, y caído ese dios se asegura la victoria. Se escucha un grito: “Al calachoni, al calachoni”, la orden de ultimar al capitán. Hernández de

Córdoba cae atravesado por diez flechas. Muere la mitad de los españoles; la otra mitad está herida. En un esfuerzo desesperado abordan sus esquifes. Hasta el mar se les acosa. Validos de espadas y remos se baten y allí hubieran muerto si los barcos no acuden en su auxilio.

El regreso es atroz. Heridos, agonizantes, deben librar nuevos combates. Al llegar a Cuba muere Hernández de Córdoba. El gobernador Velázquez escribe al Consejo de Indias acerca de su gran descubrimiento y del mucho dinero que ha gastado en honra y provecho de su monarca.

## Juan de Grijalva

El ambicioso y poltrón gobernador de Cuba organizó una nueva expedición al mando de Juan de Grijalva, joven pariente suyo de veintiocho años. Esta vez descubren la pequeña isla de Cozumel, circundada del cobalto resplandeciente de sus mares. Llegados a Champotón, la costa de la Mala Pelea, Grijalva tiene una deuda que saldar y dispone el asalto. A pesar de que llevan ropas acolchadas, aun antes de desembarcar la mitad de los españoles son heridos de flechas. Se empeña la batalla. Una manga de langostas cae sobre los combatientes y los españoles, entre la espesa lluvia, no aciertan a distinguir si son insectos o flechas voladoras. Con todo, las espadas, las lanzas y la novedad de los falconetes terminan por derrotar a los indios. Hubo siete españoles muertos, muchos heridos leves y Grijalva salió con dos dientes rotos y tres flechazos.

Dejando atrás las calizas y los chaparrales de Yucatán, entran a la selva costera del Golfo y a sus ríos caudalosos. Surge otra isla que, andando el tiempo, será refugio de piratas: la isla del Carmen, situada entre el mar azul y las aguas cargadas de oscuros limos de un gran río. Como Antón de Alaminos, el piloto de Colón, Grijalva sigue creyendo que Yucatán es una isla que parte términos en el estuario. El lugar se bautiza con el nombre de Boca de Términos. Solo una blanca pirámide se yergue cerca de la plaza deshabitada.

SEGUNDA PARTE

# De Clavijero a Carranza

José Emilio Pacheco

## En el imperio de la fiebre

### EL DESTERRADO

Mira por última vez la ciudad donde nació, su mar y su tierra. Sabe que no volverá a verlas jamás. Hoy es 25 de octubre de 1767. Cuatro meses antes, el 25 de junio, al rayar el alba, en todos los colegios de toda la América española, los soldados del rey se presentaron para expulsarlos de los dominios de Carlos III.

Los consejeros del rey alegaron que los jesuitas obedecían al papa y no al monarca. Representaban las tinieblas y era necesario combatirlos para que las luces del siglo descendieran sobre la humanidad. Ellos fueron los maestros de la sociedad criolla, los directores de los centros educativos con más alta jerarquía intelectual. Los novohispanos han visto la expulsión de los jesuitas como una afrenta y una injusticia atroz que disminuye su lealtad hacia la Corona de España.

A pie, andando muchas horas bajo el ardor del sol o la inclemencia de las aguas, fueron por los caminos tan ásperos del dilatado reino hasta llegar a Veracruz. Su colegio, aquel en que se veneraba una imagen de San Francisco Javier, ya no existía. Compartió una celda con otros cinco. La estrechez agravó el bochorno de la canícula que es, en estos trópicos, la estación propicia a la muerte. Treinta y cuatro padres jesuitas sucumbieron al vómito negro. Él no, tampoco el joven Juan Luis Maneiro. Porque Francisco Javier Clavijero y Maneiro son de allí (aunque uno nació en la ciudad de piedra múcura y otro en la ciudad de tablas) y la fiebre amarilla respeta a los nacidos en Veracruz.

Ahora las murallas y San Juan de Ulúa se pierden en la distancia.

Clavijero no volverá a su Veracruz ni a los lugares en que pasó su infancia (Teziutlán y Jicayán en la mixteca), al noviciado de Tepozotlán, a los colegios en que enseñó: Puebla, Valladolid (Morelia), Guadalajara y San Ildefonso en México.

Paradoja de la Nueva España: debe su Ilustración, su Siglo de las Luces, a los jesuitas que en Europa fueron los enemigos más atacados por los representantes del espíritu nuevo. En Bolonia, Clavijero escribirá la enciclopedia novohispana, la cumbre de la cultura criolla en este país: la *Historia antigua de México*, que es la gran protesta del Nuevo Mundo contra la calumnia y el desprecio europeos.

Clavijero habla por los más injuriados y los más indefensos. Refuta con argumentos aplastantes a quienes dicen que todo en América es inferior y degradado. Demuestra que el freno al progreso no es natural sino social, no es la imbecilidad sino la miseria, y que los indios, mestizos y mulatos, en vez de ser perezosos, son los que hacen todos los trabajos del reino. la *Historia antigua de México* es la base intelectual del pensamiento independentista y de la idea que se forjan del país quienes pugnan por construirlo en el siglo XIX.

#### LA PUERTA DEL ORO Y DE LA PLATA

Clavijero (1731-1787) no habría podido escribir su gran *Historia* sino en el destierro. Tampoco habría logrado ver con tanta claridad los problemas de un país colonial en caso de haber nacido en otro lugar de la Nueva España, que no fuera la ciudad y puerto de Veracruz. Porque Veracruz es el crisol de la Colonia, en el que se junta todo lo bueno y lo malo. Su muelle de madera es casi el único puente que existe entre la Nueva España y Europa. Todo entra y sale por allí. Es la puerta del oro y de la plata que han hecho la riqueza del Viejo Mundo. Es la tierra de la voluptuosidad y el dolor. El edén del placer y el hospital del sufrimiento.

Todos los viajeros tienen que pasar por Veracruz y muchos dejan su testimonio por escrito. Es el cuartel general de la gran plaga de Indias,

el vómito negro, la fiebre amarilla, y por eso inspira la leyenda negra de México, país de muerte en el que el agua y los alimentos son mortales para los extranjeros.

Para los europeos, Veracruz es el pórtico del paraíso infernal. Para los que nacieron en el interior del país, es el mítico “sur” en que todo está permitido y también la única posibilidad de partir hacia otros horizontes. En 1838, al joven Ignacio Ramírez, que acababa de escandalizar a la Academia de Letrán con un discurso acerca de la inexistencia de Dios, le preguntan qué parte de México prefiere. El Nigromante responde: “Veracruz, porque por allí se sale”.

La fiebre amarilla es el reverso del oro de Indias, la muerte que custodia las riquezas de la gruta. El vómito negro significa para nosotros lo que el General Invierno para Rusia: la barrera contra las invasiones. También la causa de que los inmigrantes se resistan a venir a estas tierras y de que el puerto se desarrolle, hasta cierto punto, aislado aun de la misma región veracruzana.

Extraño mal que no ataca a los nativos, sino se encarniza con los de fuera. Muerte invisible que reina en los meses de calor y se disipa con los vientos del norte. Dolencia que solo se padece a orillas del mar. Arriba de Manga de Clavo, en el camino a Jalapa, ya se está a salvo. La altitud es el mejor antídoto contra el vómito negro. En cambio, Veracruz, Alvarado, Tlacotalpan, Campeche, Mérida, La Habana y Nueva Orleans, son consideradas “puertas del infierno”. La fiebre amarilla viaja en barco.

¿La trajeron los barcos? Sí, dicen algunos con la vieja certeza humana de que el mal siempre viene de fuera y, como es intangible, debe tomar cuerpo en algún grupo humano. La culpa, afirman, es de los negros. Es un morbo africano. No, contesta otro, se debió a las increíbles condiciones en que cruzaban el Atlántico, encadenados, encimados como bultos, sin poder moverse, llenos de sus propias heces y de las ajenas, conviviendo con los cadáveres de quienes no resistieron la travesía en el barco negro.

Quienes fueron cazados como fieras en el continente africano y

luego vendidos y marcados a fuego como reses contestan: falso. Nosotros no trajimos el vómito negro. La prueba es que somos inmunes a él. La culpa es de los marineros europeos, tan sucios que dan asco y despiden olor insoportable. Ellos no conocen el baño. En Veracruz todos estamos limpios.

No, dicen los blancos, son los indios. Esa plaga ya estaba aquí antes de que llegáramos. Es el *matlazáhuatl* que exterminó a tantos aztecas. Mentira: el *matlazáhuatl* no tiene nada que ver con el vómito negro en sus síntomas, pero sí se relaciona con él y con todas las demás epidemias que atacan cuando hay hambre y sequía, alegan los criollos. La culpa de todo la tiene la miseria y el que las riquezas del país se vayan a Europa en vez de ser útiles a los que nacimos en esta tierra.

## ROJO Y NEGRO

Fiebre amarilla, vómito negro, vómito prieto: en cualesquiera de sus nombres la enfermedad es el gran terror y el gran misterio de Veracruz. Se dice que ataca sobre todo a “hombres robustos y en la flor de la edad”. Mujeres, niños y ancianos corren menos peligro, aunque en modo alguno están a salvo, excepto si han nacido en Veracruz.

Llega al puerto un extranjero (para el caso da lo mismo si viene de Europa o de la Ciudad de México, de Estados Unidos o del Bajío). Al poco tiempo lo estremece un violento dolor de cabeza que se comunica a los ojos y a la cintura. No soporta la luz. Lo recorren escalofríos. Asciede al máximo la temperatura corporal. El cuerpo queda como si hubiera sufrido tormento. Duelen los huesos. La cara se congestiona. Toda la piel amarillea. A continuación el enfermo arroja sangre negra por boca, nariz y orejas. Muere entre crueles dolores. Si logra resistir cinco días, sana y queda inmunizado.

El barón de Humboldt subraya el daño económico y las consecuencias sociales que acarrea el vómito negro: los barcos solo quieren atracar en Veracruz al iniciarse la temporada de nortes. De marzo a octubre queda interrumpido el comercio con Europa y también se entorpecen

las comunicaciones con el resto del país. Esto trae desabastecimiento y alza de precios en toda la Nueva España. Los arrieros y los comerciantes de tierras altas se niegan a bajar a Veracruz en la estación del vómito negro. Los viajeros del centro temen tanto el contagio, que esperan en Jalapa la salida de sus naves y corren a embarcarse atravesando la ciudad en una litera totalmente cubierta.

Humboldt no lo dice, pero estas circunstancias pueden haber aumentado la distancia entre veracruzanos y arribeños. El color de sus mejillas los hizo comparables al más célebre pez local. Los llamaron “huachinangos”. El sobrenombre se extendió a Cuba y a Yucatán; donde se contrajo a “guachi”, “guacho” y finalmente “uach” (en por lo menos tres acepciones: bárbaro, es decir, todo el que no es de Yucatán; persona grosera y despreciable, y habitante de la capital, primero del virreinato y luego de la república).

De “huachinango” se derivó “chilango” o “shilango”, aunque, en su *Diccionario de mejicanismos*, Francisco J. Santamaría propone un origen contradictorio: “... del maya *xilaan*, pelo revuelto o encrespado”, y lo define: “apodo popular que en Veracruz se da al habitante del interior, en especial al pelado de México”. El apodo tuvo fortuna; de uso restringido a Veracruz hasta los años cincuenta del siglo XX, hoy se emplea en todo el país.

El vómito es responsable de que las grandes ferias con los productos de la flota o para la flota se hagan en Jalapa y no en Veracruz. Provocará que Santa Anna no auxilie al puerto durante la intervención estadounidense, con la esperanza de que la fiebre amarilla liquide a los invasores. Y durante la expedición tripartita de 1862 contribuirá a acelerar la salida de españoles y de ingleses. La fiebre no será domada ni exterminada.

#### LA ARENA Y LA NIEVE

Si el libro de viajes a México se convierte en un subgénero dentro de las letras inglesas y francesas, no hay un solo viajero anterior al establecimiento de los medios de comunicación modernos que no haya deja-

do páginas sobre Veracruz ni relato de estancia en la ciudad que no mencione la fiebre amarilla y ofrezca una teoría al respecto.

Humboldt atribuye la insalubridad al calor concentrado en los médanos. Su agrupamiento impide que circule libremente el aire. La población resulta excesiva para el terreno que ocupa: 16 000 habitantes en 500 000 m<sup>2</sup>. La muralla hace que la brisa sólo se sienta en las azoteas de las casas y que en Veracruz se respire casi siempre un aire estancado y abrasador, en contraste con la fuerza de los nortes que en invierno impiden atravesar las calles.

A fines del siglo XVIII, los médicos reciben autorización virreinal para limitarse a curar enfermedades y ya no emplear la mayor parte de su tiempo cortando el cabello y afeitando la barba. En Veracruz afianzan su nuevo rango con la implantación de métodos contra la fiebre amarilla, que difieren de las tradicionales sangrías de su tiempo, una época en la que la panacea universal es abrir las venas de los enfermos o aplicarles sanguijuelas en las extremidades.

Al corriente de los últimos adelantos en la gastronomía (actividad creada por la Revolución francesa al dispersar a los cocineros de los nobles y obligarlos a democratizar sus conocimientos transformándose en restauranteros), los médicos de Veracruz encuentran el remedio más fresco y delicioso: la nieve. La nieve en principio se disuelve en el agua de beber. Pronto no falta quien la encuentre insípida y le añada jarabes, licores, aguardiente o jugo de frutas. Tal parece ser el remoto origen de los *mint-juleps*, los raspados y helados que siguen siendo excelentes en Veracruz.

El problema es que aún no se descubre el método casero de poner un bote dentro de otro y en medio sal en grano. La nieve de entonces es un producto naturista que se trae directamente de las faldas del Pico de Orizaba en recuas velocísimas. A pesar de todos los esfuerzos, gran parte de ella se derrite en el camino bajo el sol del trópico.

Para otros médicos, a quienes la nieve les parece más golosina que remedio, el antídoto contra la fiebre amarilla son las infusiones de aceite de oliva con jugo de limón y las aplicaciones frías en el estómago. Otros fármacos muy usados son el calomel y el aceite de alcanfor.

## LA CARTA ROBADA

A pesar de todo, a comienzos del nuevo siglo la gravedad de la endemia llega a tal punto que se plantea arrasar Veracruz si no se encuentran métodos para sanear el puerto. En las décadas siguientes cada viajero da su teoría y propone una solución. Recorrer sus crónicas es como asistir a una película de la que conocemos el desenlace; sus personajes, en este caso los cronistas, están siempre a punto de resolver el enigma y siempre se quedan a un milímetro de la solución. Así Joel Robert Poinsett, el hombre que hará triunfar la Doctrina Monroe en nuestro país, en sus *Notas sobre México* (1822), dice temer tanto al vómito negro como a los médicos mexicanos: “Prefiero caer en manos de los bandidos”.

Faltaban unos cuantos años para que un médico de Cosamaloapan, el también poeta neoclásico Manuel Carpio (1791-1860), modernizara la enseñanza y la práctica de su profesión en México al fundar la Escuela de Medicina y la Academia Médica. Ya nunca más se alternaría el corte de pelo con el diagnóstico, si bien pasarían años antes de que los barberos dejaran de sacar muelas cariadas y poner dentaduras postizas.

La visión que Poinsett tiene de Veracruz desmiente su “triste renombre”. La ciudad le parece compacta, bien construida, extremadamente limpia y pulcra, pero la rodean médanos y aguas estancadas, lo que en el trópico es causa suficiente para engendrar la fiebre amarilla.

El mejor amigo mexicano de Poinsett, Lorenzo de Zavala, incluye en su *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América* (1834) una descripción de Veracruz. Como nacido en Yucatán, Zavala no teme a la fiebre amarilla. Al descender hacia las playas ve las dos caras del trópico: vegetación vigorosa, aire embalsamado, variedad de flores, frutas, aves y, por otra parte, aire abrasador, atmósfera ardiente, nubes de mosquitos y otros insectos, reptiles venenosos, plagas terribles. La peligrosidad no es monopolio de Veracruz: las mismas características de morbilidad se encuentran en otro lugar hermoso y amenazado: Nueva Orleans.

Carl Christian Becher es el primer viajero alemán que llega después de Humboldt. Le debemos unas *Cartas sobre México* (1830) que no fueron

conocidas hasta 1959 en traducción de Juan A. Ortega y Medina. Becher desembarca en enero, mes delicioso en que Veracruz es completamente saludable. Los vientos septentrionales purifican el aire de los insalubres vapores que durante el verano (aquí llamado época de lluvias) se amontonan y con frecuencia vienen acompañados de un calor excesivo que origina el vómito negro.

El calor para unos, los pantanos para otros; decenas de viajeros estuvieron muy cerca y, sin embargo, no encontraron al culpable. Como la carta robada de Edgar Allan Poe, estaba a la vista de todos, y como dijo Gilbert K. Chesterton, “el mejor lugar para esconder un cadáver es un campo de batalla”.

#### EL PODER DE LOS MOSQUITOS

Durante cien años más la gente siguió muriendo entre sufrimientos espantosos. El remedio a este mal de los trópicos vino paradójicamente con la consolidación del imperio estadounidense. Fue necesaria la ocupación de Cuba para que Washington enviase al doctor Walter Reed a estudiar la epidemia que hacía estragos entre los soldados. Paul de Kruiff cuenta en *Los cazadores de microbios* (1926) cómo, a pesar de todas las medidas higiénicas —fumigaciones, quema de casas y aun de aldeas enteras, vapores sulfurosos—, el asesino invisible atravesaba los muros y nunca había habido tantos muertos en La Habana, hasta que en junio de 1900 alguien le dijo a Reed que en Cuba había un médico loco al que nadie le hacía caso. Ese doctor, llamado Carlos Finlay, estaba tan sin uso de razón que desde 1882 repetía como voz clamante en el desierto que la causa del vómito negro era un mosquito.

Gracias a Finlay, a Reed y a los voluntarios que se dejaron picar por mosquitos alimentados de muchos y muy graves enfermos, se comprobó que la hembra del *Aedes aegypti* transmite el virus al picar a monos y humanos para obtener de su sangre proteínas que la ayudan en el desove. El macho es vegetariano y se alimenta de miel en tanto que su hembra trabaja. En 1909, Veracruz quedó libre del vómito negro. En

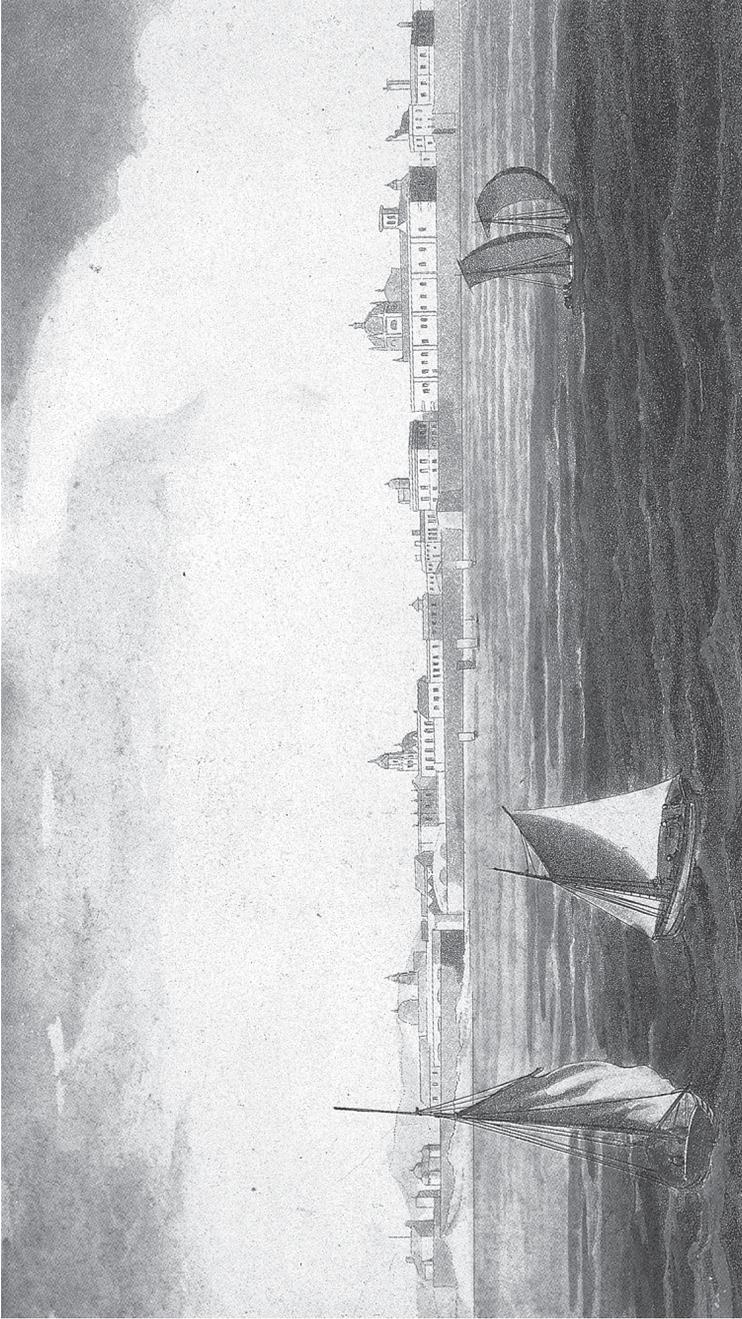
*La fiebre amarilla en México y su origen en América* (1958), el doctor Miguel E. Bustamante dice que el último caso clínico en México fue diagnosticado el 17 de enero de 1923.

En 1964, Salvador Novo publicó una casi desconocida *Breve historia y antología sobre la fiebre amarilla* para celebrar que el año anterior el entonces secretario de Salubridad y Asistencia, doctor José Álvarez Icaza, había entregado a su colega estadounidense un cubito de plástico en que yacía la última pareja de mosquitos *Aedes aegypti* capturada en nuestro territorio. Culminaba una lucha de siglos contra la misteriosa epidemia que mató a millones de personas durante siglos y modificó la historia de Veracruz y de México todo.

Novo encontró en el *Popol Vuh* testimonios no solo de la antigüedad de la fiebre amarilla, sino de la profunda sabiduría indígena: ese texto sagrado se adelantó a Finlay en culpar al mosquito. A juicio de Novo, el vómito negro es la más lógica explicación de por qué declinó la gran civilización maya y por qué fueron abandonadas a la voracidad de la selva sus asombrosas ciudades. El mal atacó a los conquistadores españoles lo mismo en las Antillas que en tierra firme. Los supervivientes quedaron inmunizados y esta inmunidad permitió la conquista de México. De otra manera, los mosquitos veracruzanos no los hubieran dejado pasar a Tenochtitlan. Más allá de Jalapa, los hombres de Cortés no corrieron peligro porque el *Aedes aegypti* es incapaz de vivir a una altitud mayor de mil metros sobre el nivel del mar.

La medicina colonial no supo distinguir entre el paludismo y la fiebre amarilla, ambas enfermedades transmitidas por mosquitos que dejaban sus larvas en barriles y depósitos de agua de los barcos. De este modo los buques se transformaban en focos portátiles y en transmisores y reactivadores permanentes de la enfermedad.

No se puede terminar este breve recorrido por el camino siniestro del vómito negro sin aludir a la relación indisoluble entre las epidemias, las crisis agrícolas y las hambrunas que ha trazado Elsa Malvido en las investigaciones que recoge en *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México* (1982), compilados por ella y Enrique Florescano.



El puerto de Veracruz y el puente de San Juan de Ulúa, desde el lado sur. Litografía. Siglo XIX.